

#### CAPITULO XIV.

##### EL PÍPILO Y EL ALCAIDE.

##### I.

Ignacio Perez salió de Querétaro á escape rumbo á San Miguel el Grande, donde le importaba llegar antes que la fuerza de los españoles.

Caminaba el bueno de Ignacio Perez aguijoneado por el miedo, que comunica la velocidad del vapor, cuando se destacó uno de esos aguaceros terribles de Setiembre, que le imposibilitaron seguir su camino.

Detúvose en una casuca donde se habian acogido varios pasajeros huyendo del estrago de la tormenta.

—Hola, patrona! dijo el alcaide á una moza que repartía aguardiente entre sus huéspedes, necesito de vuestro auxilio porque estoy hecho una sopa.

—Señor caballero, en mi pobre choza nada se encuentra sino una buena voluntad, tomad un trago y os sentireis aliviado de la fatiga; dadme vuestro *jorongo* para acercarlo al fuego; porque supongo que deseais dormir abrigado.

—Os equivocais, patroncita, espero que se calme el agua para seguir.

—Y hácia dónde os dirigís?

—Voy á un negocio á San Miguel, figúrese la patrona que me quieren birlar unos *zarapes* magníficos que tengo compromiso de entregar en Querétaro.

—Eso no vale la pena.

—Patrona, no sabeis lo que se pesca.

—Contadnos algo de novedades.

—Yo no me meto donde no me llaman, ni esos negocios me importan un comino, yo soy hombre trabajador.

—Nadie dice lo contrario, creia que algo alcanzábais de los rumores que han corrido.

—En fin, patrona, con vuestro permiso me acerco á la lumbre, si no molesto á estos señores.

—Por mí, dijo un anciano, me felicito de tener tan buena compañía.

—Hola, señor de Sariñana, vos por las ventas del camino?

—Que quereis? voy para Dolores.

—Me alegro, si deseais partir conmigo, dentro de un cuarto de hora ya estamos corriendo por esos mundos de Dios.

—Me conviene, sobre todo, por ir en tan buena compañía.

—Gracias. Y cómo seguís de vuestro pie?

—Ya os he contado que hace muchos años me hicieron la amputacion, pero tan mal ejecutada, que una pequeña llaga se me ha hecho crónica en el muñon.

—Os hará padecer mucho.

—Mucho, amigo mio; pero no me priva de montar á caballo como el mas diestro.

—Eso quiere decir, que inválido como estais....

—Sí, me echo con vos en esto de correr.

—Haremos una apuesta.

—La acepto.



—El que llegue mas fatigado á San Miguel paga el almuerzo, porque llegaremos un poco tarde.

—Patrona, compadeceos de mi caballo que no ha cenado.

—No necesito de advertencias, ya el animal está tomando pienso antes que el señor caballero.

—Gracias.

El inválido y Perez se pusieron al fuego para recuperarse porque la caminata era larga.

A pocos momentos se oyó un tropel de caballos.

—Señores, dijo la patrona, el señor teniente Cabrera acaba de llegar con cuatro dragones, viene punto ménos que empapado.

Al oír Ignacio Perez que estaba en la venta el teniente, dijo al inválido:

—La agua ha cesado un poco, marchémonos.

—Sí, esta gente me fastidia, soldadones mas estúpidos y canallas!----

—Callad, que ya entra ese teniente.

—Aligeremos el paso.

—Patrona, ya nos veremos.

—Señores caballeros, el agua cae á terrentes.

—No importa, haced que dispongan los caballos.

Salió la patrona, que volvió á pocos minutos.

—Adios, señores, y pasadla bien, dijo el inválido.

Ignacio Perez llamó fuera de la casa á la patrona y en voz baja le dijo:

—Conviene mucho que el teniente Cabrera permanezca aquí algunas horas.

—Os diré que me enamora.

—Ese es un motivo mas para que le obligueis á quedarse.

—Bien, pero explicadme lo que pasa.

—Vuestro querido cura Hidalgo está en peligro.

—Dios mio!

—El teniente Cabrera lleva órden para aprehenderle.

—Os juro, señor Perez, que detendré á ese majadero mas de lo que piensa.

—Yo marchó á avisarle.

—Id, señor Perez, pero decidme ántes que hago con los papeles que tengo.

—Guardadlos y no deis á entender nada.

—Es que tengo algunos pertenecientes al capitan Allende para entregárselos al capitan Arias.

—Ni lo digais, ese infame ha denunciado á todos.

—Echaré al fuego todos los papeles.

—Al instante. Temo un cateo, ya saben que los hilos de la revolucion se extienden por todas partes, y que en cada pueblito hay agentes para la correspondencia y dar avisos.

—Me dejais temblando, señor Perez!

—Como cumplais con mi encargo, respondo de dar el aviso á tiempo.

—Descuidad, con una mirada clavo al teniente Cabrera lo ménos cuatro horas.

La patrona tenia unos ojos tan traviosos que Perez no puso en duda su aserto.

—Idos, señor Perez, idos y que Dios os proteja.

El inválido y el alcaide se pusieron en camino, en medio de una tormenta espantosa.

## II.

El valiente *Pípilo* saltó sobre la mula de fray Angel de la Divina Infantita, dejando al eclesiástico en audiencia con el intendente Riaño, quejándose amargamente de que el corregidor Dominguez se rehusaba á entregarle á la novicia escapada del convento de la Enseñanza.

Mientras fray Angel hacia argumentos y echaba latinajos,



y ponía los ojos en blanco para interesar en su causa al intendente, este no ponía el menor cuidado, bajo la preocupación de la denuncia.

Después de una hora larga de tolerar á fray Angel, le dijo:

—Ya veremos lo que se hace, por ahora permaneceréis en Guanajuato, mientras resuelvo lo conveniente.

—Señor, respondió el fraile, mire usía que el Santo Oficio está interesado en la conservación de la fé y de la religion; ese señor Dominguez no es tan ortodoxo como se cree, yo he llegado á sospechar que----

—¿Qué habeis sospechado, fray Angel?

—Que---- que----

—Si no habláis no habrá modo de entenderos.

—He sospechado que no es muy católico.

—Vamos, yo creía que era otra cosa.

—No os parece demasiado?

—Sí, nos veremos mañana.

—Quede su excelencia con Dios.

Salió el fraile y se encontró con que su mula había desaparecido.

—Renegando del intendente que le había detenido tanto en la antesala, y del ladrón á quien calificaba de sacrilego, se echó á burcar á la justicia de la ciudad para denunciarle el crimen de abijeato.

El Pípilo era *barretero*, y por consiguiente adolecía de ese carácter franco y abierto que distingue á esos hombres atrevidos que trabajan en las entrañas de la tierra.

Pasan la semana en las tinieblas y al aparecer en la superficie, se sienten animados por la luz, por el aire, por el calor del sol, y su alma llena de expansión alienta libremente en los sentimientos de generosidad.

El pueblo de Guanajuato es indomable, altanero, atrevido; pero se le dulcifica con una palabra como el acento llegue á tocar su corazón.

Ese pueblo ve el oro con desprecio, quizá porque le es familiar.

El oro cae á sus piés al golpe de su brazo, parece que él lo produce en el choque del hierro contra la roca, como el relámpago en el atropello de las nubes.

Guanajuato es una ciudad de las *Mil y una noches*; un genio la ha colocado sobre un pedestal de oro!

¿Para que necesita el agua, si la atraviesan corrientes de plata?

El mundo nuevo pega su labio sediento en sus manantiales, el mundo viejo le pide ansioso sus lágrimas.

Guanajuato era un altar en el paganismo azteca, donde se liquidaban los rayos del sol, para que los hombres los recogiesen sobre la tierra.

La conquista de aquel suelo de promision calmó el hambre de la Europa, que lo asaltó lleno de harapos bajo el hierro de sus broqueles.

En el tiempo á que nos referimos, yacía encadenada á sus montañas como Prometeo, devorando sus entrañas las aves carnívoras.

Prometeo es el mito del fuego.

Guanajuato el mito de la riqueza.

El oro es el fuego del siglo XIX.

### III.

Seguía el Pípilo á todo correr, contra el sentir probablemente de la mula, que durante muchos años no había salido de su paso.

El Pípilo se desesperaba porque el animal se detenía en cada casuca del camino.

—Demonio! decía el barretero, esta mula es muy hábil, no hay



choza donde no haya una guapa moza, que no se pare por instinto, no parece sino que las husmea.

Efectivamente, el animal acostumbrado á las visitas de fray Angel, se detenía por costumbre frente á las puertas, las muchachas salían á ver si era su confesor, (se entiende no la mula, sino el ginete) pero luego que reconocían al minero, hacían una mueca y le daban con las ventanas en la cara.

El barretero arremetía á chicotazos contra el animal y seguía su camino.

—Voy bien, el extraordinario no pasa aún---- si nos encontramos sobre la vía lo detengo, y si se resiste le abro un *barreno* en la barriga, como hay Dios---- he prometido llegar antes que la orden y lo cumplo---- si me sucediera un chasco me dejaría ir al *tiro* de la Valenciana de cabeza---- eso de tocarme al *curita*, ni lo sueñen---- lo cierto es que le han cogido la podrida y en un descuido lo *calan*---- Esta mula va muy fatigada---- no importa, á caballo ageno, espuelas propias----

La mula estaba á punto de hablar, cansada de tanto correr y molesta por tanto azote.

Aseguran algunos peritos en la materia que no sería el primer caso.

—Viva la libertad! gritó el barretero al ver las torres de San Miguel, ya están salvados---- he triunfado---- victoria---- victoria!

—Muchacho, estás loco? dijo un ginete acercándose al Pípilo.

—No señor, sino que me da gusto ver el río de San Miguel.

—Eres aficionado á la agua?

—Sí, muchísimo.

—No tendrás queja por lo ménos hoy; porque ha llovido que da grima.

—Ya estoy acostumbrado.

—Y de donde vienes?

—De Guanajuato.

—Cuando saliste?

—Desde ayer mañana

—Eres muy feliz, yo me puse en camino entrada la noche, y he córrido con desesperacion; figúrate que vengo de extraordinario.

—Malo---- malo---- murmuró el Pípilo, este es mi hombre!

Y luego dijo en voz alta:

—Quiere su merced desayunarse?

—Ya nada mas falta media legua.

—Eso ha de ver su merced, nos detendremos en esta casita que es de mi compadre Marcial; descansaremos un momento y entraremos de refresco á san Miguel.

El extraordinario, que estaba magullado con la caminata, aceptó la invitacion del barretero.

Llegaron á la choza y entregaron á un indito sus caballos.

—Compadre Marcial, necesitamos meter algo debajo de las narices.

—No uso polvo.

—Mejor, habrá algo de *caracas* y buena leche.

—Eso sí, compadre, éntrese y lo mismo el señor caballero.

—Gracias.

El Pípilo y su compañero entraron en la casa. El Pípilo hizo una seña á su compadre, que en el momento entabló conversacion con el acompañante del barretero.

—Con el permiso de las buenas personas, voy á hablar á la comadre y á hacerle un cariño al ahijado.

—Está bien.

El Pípilo penetró en el interior de las habitaciones.

—Compadre, dijo la mujer de Marcial, bendito sea Dios que lo vemos por aquí.

—No hay tiempo que perder, comadre: el señor cura de Dolores y el amigo Allende están descubiertos en lo del *tumulto*, ya los señores de Guanajuato se han puesto al tanto de todo y los mandan poner presos.

La mujer de Marcial se puso pálida como un difunto.